

La memoria abatida

Cierra los ojos y aguarda, largos segundos, océanos de incertidumbre. Le extraña que en un momento como ése, le vengan recuerdos de su infancia, de su niñez, tiempos robados a un pasado al que en ese instante le gustaría volver. ¿Dónde estaban, por qué hacía tanto que no se acordaba de ellos? Siente la cálida alegría de su primer cumpleaños, del primero que recuerda, al abrigo de sus padres, de la familia. Lo celebraron en el porche de la vieja casa de sus abuelos. Las velas se apagaban por la corriente de aire y su abuelo ponía sus grandes y acartonadas manos en forma de almendra para evitarlo. De sus abuelos, fallecidos hacía mucho tiempo, tan solo guarda recuerdo por las fotos, en tono sepia gastado, y muy serios, como solía ocurrir en la época, para no malgastar la película con una mala mueca. Sin embargo, en ese momento, evoca con nitidez sus rostros: la mirada sabia de su abuela y la sonrisa bonachona de su abuelo, tan ausente en aquellas viejas fotografías. Finalmente apagó las velas de un soplo y se hizo un año mayor.

Recuerda también, no sabe por qué, la vieja bicicleta, de hierro tintineante y de pedal duro, quizá demasiado para sus escuálidas piernas. Era roja, mezcla de pintura desconchada y de óxido. Solía subir con sus amigos la calle de la muerte, que así llamaban ellos por su pronunciada pendiente. Cuando no había más fuerzas para zizaguear, desmontaban y empujaban hasta arriba. Y desde allí, con una buena dosis de imprudencia, se lanzaban cuesta abajo a toda velocidad desafiando a la de la guadaña, como sólo se la desafía cuando se es un niño. Ahora, visto con perspectiva, el brazo astillado quizá fue un benévolo y tibio tributo. Recuerda la regañina de su padre en el trayecto al médico, con el brazo entablillado de aquella manera, pero también su preocupación y la atención de su madre para curarle las heridas. Siente no haber tenido más cuidado en su niñez, haber angustiado así a sus padres, pero es consciente de que esos sentimientos sólo nacen con tiempo pasado.

Descannnsenn.

Comienza a llover tímidamente. Las gotas, azotadas por una brisa suave, humedecen su cabello lentamente. Levanta la barbilla y deja que el agua de la lluvia salpique su rostro. El intranquilo repiqueteo le lleva de nuevo al pasado. Recuerda su primer amor. Su primer y único amor. Carmen. Se habían hecho amigos en el colegio, cuando se permitió la coeducación y niños y niñas compartían aula. Esta novedad, unido a su timidez, dio pie a un leve tartamudeo que hacía acto de presencia cada vez que tenía que hablar en clase, acompañado de las bufonadas de sus compañeros. La única que no se reía era Carmen que, sentada una bancada más adelante, le escuchaba atenta y le miraba con aquellos ojos negros reconfortantes. Un día, al salir de clase, se ofreció para llevarle sus libros y acompañarla a casa. Con ella no solo no encallaba las palabras, sino que encontró una amena verborrea que le resultaba graciosa. El paseo y las conversaciones se convirtieron en hábito y la amistad fue creciendo conforme lo hicieron sus cuerpos.

Los recuerdos acuden a él y se reconforta navegando entre ellos, engatusado por la nostalgia del tiempo pasado. Le viene a la mente, con embarazo de detalles, aquel día, cuando fueron a pasear por la vera. Percibe de nuevo el olor de la jara y los pinos, los sonidos pastoriles del campo, el color de su risa, su desparpajo, la ladina cháchara. Se deja llevar, revivir de nuevo la seductora naturalidad de la inocencia juvenil. Llovía también. Las nubes oscurecieron demasiado deprisa y los relámpagos rasgaron el cielo con violencia. Corrieron para resguardarse entre los muros y las insuficientes tejas del viejo molino derruido. Allí, en aquel apresurado cobijo, agazapados el uno contra el otro, cediéndose generosamente el calor de sus cuerpos adolescentes, sus labios nerviosos se buscaron y cruzaron por primera vez el umbral de la amistad.

Caaarrrrguenn.

Las gotas de lluvia resbalan abatidas por su frente y por su mejilla hasta el mentón, donde se acumulan y acaban cediendo nuevamente a la gravedad. Las cuerdas, húmedas, aprietan aún más sus muñecas, clavando los filamentos de cáñamo en la carne. Su cuerpo tiembla, no por el frío. Vuelve de nuevo a los recuerdos, al calor del pasado, donde Carmen y él, ennoviados, descubrieron los vericuetos de la pasión

redimida, del amor libertino, pasional y juvenil. Cualquier lugar parecía bueno para el encuentro de sus cuerpos, de sus labios, de sus almas. Todos estos recuerdos se agolpan en su cabeza, en un momento como ese. Esos instantes de efervescente deseo y amor acuden a su mente con una fuerza inusitada y se unen al miedo y la desesperación conformando una extraña amalgama de sentimientos, de vértigo.

Apunnntenn.

La palabra resuena en su mente, golpea su sien una y otra vez, como un eco atrapado entre dos valles, como una sentencia inapelable. Igual que cuando escuchó por primera vez aquella otra: guerra. Y, pese a su estruendoso y turbador fonetismo, no alcanzó en aquel momento a imaginar hasta dónde podía llegar su significado. Sonaba desconcertante, inesperada, pero aún ajena. Hasta que el tiempo pasó y el ensordecedor golpeo en la puerta, los gritos, los empujones y el fusil amenazante se volvieron demasiado reveladores. No hay vencedores en la guerra, todos pierden, da igual del bando que seas. Todos, salvo ella, que en su manto de oscuridad eterna aguarda con voraz apetito su remesa, su alimento, el que le servimos en bandeja.

No quiero dejar de sentir, de descubrir, de amar. No quiero que mis recuerdos se pierdan en el vacío, que mi existencia solo perviva, mancillada por la ignominia del sinsentido, en la memoria de los supervivientes.

Madre, padre.....

Fueeeegoooo.

.....Carmen.